

Hago mi peregrinación diaria al hospital, como he venido haciendo los últimos dos meses. El día es gélido y la incesante lluvia se estrella contra la ventana del autobús con un ruido ensordecedor. Como siempre que llueve en la ciudad, el tráfico es caótico y el inusual silencio que reina en el autobús, sólo se ve interrumpido por los nerviosos cláxones de los frustrados conductores.

Desde mi privilegiado asiento, observo todo lo que me rodeaba con la avidez del que cree vivir su último día. Contemplo a los pasajeros, cada uno inmerso en su propio mundo, muchos están ocupados con su teléfono móvil, unos pocos leen, otros dormitan... En la calle, la gente sujeta con fuerza sus paraguas contra el viento y esquivándose unos a otros se dirigen veloces a sus destinos. Me fijo en todo: en el estilizado diseño de las farolas, en la danza emprendida por la copa de los frondosos árboles, en el brillante pavimento que refleja las luces, en los diferentes tonos de gris del cielo. Hoy quiero retenerlo todo, sentirlo todo, porque hoy no es un día como cualquier otro, hoy es el día del todo o nada, del vivir o morir. Hoy es el día en que mi madre y yo vamos a intentar burlar a la muerte. Muerte, cuando pronuncio esa palabra veo en negro.

Cuando diagnosticaron su leucemia fue cuando realmente comencé a concienciarme de lo que mi madre significa para mí y tener que enfrentarme a su posible ausencia, sacudió mi vida.

Los estudios, los amigos, el deporte, todo, pasó a un segundo y tercer plano. Sólo me interesaban ella y su sanación. Cumplía con mis obligaciones cotidianas como un fantasma, porque mi pensamiento siempre estaba con ella. Perdí el apetito, me despreocupé aún más de mi aspecto y me encerré en una burbuja donde solo cabíamos ella, yo y su enfermedad. Devoré toda la información que pude encontrar en internet sobre la leucemia, asedié a médicos y enfermeras con mil preguntas y sobretodo me aferré con todas mis fuerzas a la esperanza de encontrar una solución. Me explicaron que el único remedio era hacerle un trasplante de médula y me preguntaron si estaría dispuesto a hacerme las pruebas de compatibilidad y caso de resultar positivas, si aceptaría ser el donante.

A partir de ese momento todo se desarrolló muy deprisa. Enseguida me hicieron las pruebas de compatibilidad HLA* y mientras esperábamos los

resultados, yo rezaba. No he rezado tanto en toda mi vida, especialmente teniendo en cuenta que soy agnóstico, pero lo hice porque necesitaba un milagro y porque rezando, no me sentía tan solo. Llegué incluso a hacerme una especie de altar en casa. En un estante de la librería coloqué: un crucifijo por el Dios cristiano, una estrella de David por el Dios judío, un libro del Corán que encontré en la biblioteca de mi madre representando al Dios musulmán, una figurita de Buda que compré en los chinos, una pirámide decorativa de metacrilato en homenaje a todos los dioses de cualquier otra creencia y época y por último; la estrella del árbol de Navidad, como llamamiento al Universo en general. Ah! y también un ángel, porque yo tengo un Ángel. Espero no haberme dejado a nadie, para que nadie se ofenda. Y cada noche, les pedía, les suplicaba, les repetía como un mantra: quiero ser compatible, quiero ser compatible, quiero ser compatible... Y fui escuchado, los resultados de mis análisis fueron positivos y la operación de trasplante de médula ósea se fijó para hoy. Así que he seguido rezando cada día, pero ahora rezo para dar las gracias. Me siento infinitamente agradecido por liberarme de la impotencia en la que estaba sumido. Ahora sé que todo va a ir bien.

Me preguntan si tengo miedo. Lo que tengo es impaciencia, el miedo es otro lastre que he dejado atrás. Mis células madre saben muy bien lo que tienen que hacer y están deseosas de ponerse a trabajar en mamá, produciendo litros y litros de sangre renovada y nutriente.

Mamá es muy sensible. En el cine la he visto llorar un montón de veces, yo me río de ella y ella hace como que se enfada conmigo. También es muy divertida y cada dos por tres se ponía a bailar sola en la cocina. Ella dice que hay que sacar a pasear al niño que llevamos dentro. También es muy cariñosa, no hay día que no me bese y me abrace. De vez en cuando me dice que me quiere y yo sé que es verdad. Nunca, ni cuando hemos tenido desencuentros, he dudado de su cariño. Ella es mi faro, mi brújula, mi bastón, el viento en mi espalda.

También fue ella quién me animó para que me inscribiera en el Curso de Cocina y Gastronomía de la Escuela de Hostelería y Turismo de Barcelona, y cuando la semana pasada le conté que había sido aceptado se puso tan feliz que no paraba de llorar y reír a un tiempo. Entonces empezó a relatar anécdotas de mi infancia ocurridas en la cocina de nuestro restaurante, donde

ella era cocinera. Y es que yo, he crecido entre sus fogones, envuelto de aromas a sofrito, laurel y canela. Y mientras otros niños jugaban en el parque o veían la televisión, yo me divertía pesando, mezclando, y amasando alimentos subido a una caja de verduras, porque era tan pequeño que no llegaba a la encimera. Lo que comenzó como un juego, con el tiempo se convirtió en una afición y la cocina era mi laboratorio. Ella dice que tengo un talento innato para cocinar y siempre me ha animado a desarrollarlo.

Cuento los días que faltan para empezar el curso de cocina. Tengo tantas ganas de aprender y tanto que ofrecer... Esta oportunidad me ha devuelto la ilusión perdida y me abre las puertas al mundo que siempre ha sido el mío.

Me bajo en la próxima parada, el autobús se ha llenado y me abro paso a trompicones hasta la puerta. Ya es completamente de día y ha dejado de llover. De un jardín cercano me llega el olor a tierra mojada. Escucho el ruido de la cafetera de un bar y mi estómago se rebela inmediatamente. Tendrá que esperar, hoy tenemos planes más importantes. Dicen que he madurado, pero yo prefiero pensar que soy el mismo, enfrentándome a cosas diferentes. No quiero asociar la madurez a la tragedia.

El edificio hospitalario de Santa Lucía es una mole de ladrillo visto de cinco plantas de altura, que ocupa casi una manzana. De forma automática, mis ojos se dirigen a una de las ventanas de la tercera planta con la vana esperanza de encontrarla allí. Continúo mi recorrido hasta la habitación 308.

Está dormida y aprovecho para observarla. Cada día está más desmejorada, la quimioterapia deja su rastro y los ocho kilos que perdió este mes han dado paso a nuevas arrugas. En sus escuálidos brazos pueden leerse sus venas y su ralo cabello, sin brillo, es cada vez más escaso. Su color blanquecino habitual se ha vuelto lívido. Entonces, antes de que la angustia me atrape, me recuerdo a mí mismo que lo que veo ya es pasado; que yo, sangre de su sangre, le voy a entregar mi esencia, transformándola a ella en sangre de mi sangre y volveremos a ser uno, como ya lo fuimos una vez. Hoy, es el día de su regeneración y de su nueva vida.

De repente abre los ojos, esos ojos que hoy como tantas veces, me miran con adoración.

- Hola, mamá.